

EL CARCELERO ALEMÁN de Imanol Pastor Sola

Lo primero que recuerdo de él era su orden y su meticulosidad para disponer todo aquello que consideraba importante. Cuando era niño, me gustaba entrar en su taller, ver sus herramientas siempre brillantes, perfectamente alineadas, colocadas según tamaño y color. Olía a limpio y a fresco... Y entre tanto orden destacaba una caja metálica, parecía pesada, pero él la trasladaba de un lugar a otro con extrema facilidad. Siempre sentí curiosidad por saber lo que guardaba en ella, supongo que de tanto mirarla, él debió intuir lo que yo quería saber así que, una mañana de verano, me sentó en sus rodillas y me contó que en aquella caja guardaba sus tesoros más importantes.

Abrí los ojos de par en par pensando en todos los libros de piratas que había leído. Imaginé en un segundo el mapa del tesoro y, al ver mi cara de asombro, comenzó a reír... No eran tesoros de piratas lo que él guardaba en aquella caja, eran todos sus recuerdos. Los había ido ordenando según su importancia. Había dejado los más dolorosos en el fondo, para no verlos, para no encontrarlos, y los demás siempre a mano para no olvidarlos nunca.

Allí estaban las fotografías de sus hijos cuando eran pequeños, los amigos del pueblo, una del servicio militar y hasta uno de mis chupetes, al fin y al cabo, yo era su primer nieto. Pero no quiso enseñarme lo que guardaba en lo más profundo de la caja, por eso, al llegar a casa le pregunté a mi madre por aquello que tanto dolía al abuelo. Mi madre me contó que el abuelo perdió un hijo pequeño, se lo llevaron unos milicianos y nunca supo si estaba vivo o muerto y, por más que intentó saber de su paradero, nunca pudo dar con él.

Pocos días después de aquella conversación los telediarios se llenaron con la noticia de que un niño pequeño había desaparecido en el trayecto que unía la casa de sus abuelos con la de sus tíos. Nadie había pedido rescate y no se sabía nada del paradero del niño.

Ese día me quedé a dormir con el abuelo. Su mirada se tiñó de una sombra infinitamente negra y su sueño fue muy inquieto. Supongo que, como no podía dormir, se levantó de la cama y salió a la calle a tomar un poco de aire fresco. Me desperté con los

primeros rayos de sol y lo encontré en la puerta de casa. Se lo conté a mi madre en el desayuno pero no le dio importancia.

Aquella mañana el abuelo me habló por primera vez de un carcelero alemán, pero tampoco le di importancia. Conforme pasaban los días, su nerviosismo iba en aumento. Todos suponían que el secuestro del niño le recordaba demasiado a la pérdida de su propio hijo, así que intentaron tratar el asunto con total normalidad, pero yo me daba cuenta de que mi abuelo no era el mismo. Tenía muchos despistes, a veces no reconocía a los vecinos, lloraba cuando escuchaba canciones antiguas en la radio, pero nadie le daba importancia. Una tarde tormentosa de verano, volvió a hablarme del carcelero alemán. Me contó que había momentos, incluso horas, en las que lo tenía retenido y no lo dejaba volver con nosotros. Quería robarle sus recuerdos, todos y cada uno de ellos, por eso los guardaba con tanto celo en aquella caja metálica. Me contó también que, para que el carcelero no se acercase, escuchaba música, parece que al alemán no le gustaba. Mientras la escuchaba, sus recuerdos permanecían intactos, no confundía los nombres de sus hijos, sabía dónde estaban todas sus cosas y, por unos instantes, incluso horas, el carcelero no se acercaba y todo estaba ordenado. También me dijo que ese carcelero no había conseguido entrar en sus sueños, por eso era feliz cuando echaba esas siestecillas.

El abuelo comenzó a tomar unas pastillas blancas que le había recetado el médico, tenía notitas en toda la casa para que nunca se olvidara de tomarlas. Sabía que mientras las tomase, su guardián intermitente no se acercaría.

Pasaron los días, el verano tocaba a su fin, pronto empezarían de nuevo las clases y yo no podría pasar tanto tiempo con él así que le propuse, con el permiso de mi madre, pasar toda una noche despiertos en el jardín de la casa, como si estuviéramos en el campo. Quería que me contase muchas cosas, con todo lujo de detalles, todos los que pudiese recordar porque, de esta manera, yo los guardaría en mi memoria y el carcelero no podría llevárselos. Así lo hicimos, estuvimos horas hablando mientras me acurrucaba en sus brazos y me acariciaba el pelo como cuando era más pequeño. Entonces me atreví a preguntarle cómo era ese carcelero alemán que quería robarle sus tesoros más queridos y el abuelo me contestó:

-“No lo sé, nunca lo he visto. Solo siento negrura cuando está cerca. A veces pienso que quiere robarme mis recuerdos porque él no tiene ninguno y necesita los de los demás para intentar comprender qué se siente al ser querido, al escuchar la voz de tus seres amados, al recibir un abrazo, que la lluvia te moje la cara... Creo que es un

ser triste. Pero no te preocupes, no le tengo miedo. Nunca podrá robarme los sueños ni todo lo que guardo en mi corazón. Además, ahora mi tesoro está a salvo contigo”

El tiempo fue pasando y los despistes de mi abuelo se convirtieron en olvidos. Como era tan ordenado, sus olvidos fueron igual de ordenados. Olvidó por orden de importancia. Pero cuando echaba aquellas siestecitas, sonreía...

Supé después que ese carcelero alemán se llama Alzheimer y que, como decía el abuelo, se alimenta de los recuerdos. Pero yo sé que algunos no puede llevárselos nunca, por eso el abuelo sonreía mientras dormía. Por eso... y porque sabía que sus recuerdos estaban a salvo conmigo.